

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Regocíjense en Dios! – Salmo 92
(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 92:1-15

El Salmo 92 es una oración para el día de reposo. Es un himno de alabanza al gran Dios de Israel y nos anima a celebrar las obras de Dios y su fidelidad. Va más allá de lo que nos ocupa en la vida cotidiana y muestra la incomparable grandeza y poder de Dios. Quien ora con los Salmos no se detiene en sí mismo. Está saliendo de su propio mundo mental. Con gozo y gran gratitud habla con Dios acerca de sus obras maravillosas. Pero también le dirige palabras de lamento, le hace súplicas desesperadas y, al mismo tiempo, le expresa su profunda confianza.

La oración con los Salmos abre siempre nuevas perspectivas. Así, en el Salmo 92, el salmista invita a la alabanza de Dios: “Una cosa deliciosa es dar gracias al Señor y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo” (v.1 trad. libre). Con tonos festivos, el salmista describe la felicidad de los hombres, cuya alegría en el Señor los hace regocijarse en lo más íntimo. Para él no es un deber molesto, ni una obligación apremiante, sino “una cosa deliciosa”.

¿Dar gracias al Señor, alabar a Dios – “una cosa deliciosa”? Pero con rapidez surgen las objeciones: ¿no se habla de Dios y de su acción en un tono demasiado alto? ¿No nos quejamos más bien de la enfermedad y la muerte, del fracaso, de las preocupaciones y del dolor, de la violencia y las prisas? Cuando contemplamos la grandeza de Dios a pesar de toda la oscuridad de este mundo, y nos aferramos a ella confiando en que nada se le escapa de las manos, nuestra alabanza a Dios no cesa. El Salmo 92 nos anima a no abandonar el anhelo de Dios. ¡Él sigue obrando hoy! (Lea Sal. 63:1-8; Neh. 8:10b.)



Día 2

Salmos 92:1; 145:3

“Bueno es alabarte, oh Señor” (RV) – “¡Cuan bueno, Señor, es darte gracias!” (NVI). La palabra “bueno” en el hebreo tiene muchos significados. Podemos pensar en algo precioso, como una joya brillante, en una comida deliciosa o en un medio adecuado. Bueno es lo que sirve a la vida y corresponde a la voluntad de Dios.

Ahora, el salmista declara: Alabar al Señor es bueno. Es decir, es una cosa preciosa, deliciosa, adecuada, agradable y mucho más. “Bueno es... cantar a tu nombre”.

Para el salmista, lo máximo es dar gracias al Señor y alabarlo. Ya en el comienzo del día, la acción de gracias a Dios debe tener su espacio. Y mientras lo hace, se le ocurre una cosa tras otra por la que puede dar gracias a su Dios. Habla de la gracia y de la fidelidad de Dios, de sus maravillas y de las obras de sus manos, y luego afirma: “Tú, Señor, para siempre eres el Altísimo”. (Lea Sal. 92:2-8.) El que ora mira la grandeza de Dios y, al mismo tiempo, da gracias por los asuntos que componen su vida cotidiana.

Martín Lutero comenzó el día con su “bendición matutina”. Para nosotros hoy día puede sonar más o menos así: “Te doy gracias, Padre celestial, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el nuevo día que me das. Ayúdame hoy, dándome la fuerza para afrontar las tareas que tengo por delante con valentía y confianza. Te doy gracias por ayudarme a tomar las decisiones correctas en momentos difíciles. Gracias por abrirme los ojos a lo que realmente importa. A tu fidelidad y cuidado me encomiendo en este día, mi Dios fiel”.

Otros impulsos para dar gracias se encuentran en los Salmos 28:6,7; 42:5; 57:9,10.



Día 3

Salmos 92:1-3; 147:1

“¡Cuán bueno, Señor, es darte gracias y entonar, oh Altísimo, salmos a tu nombre; proclamar tu gran amor por la mañana, y tu fidelidad por la noche, al son del decacordio y de la lira; al son del arpa y del salterio!” (Sal. 92:1-3 NVI)

Dedicarse a la Palabra confiable de Dios es uno de los buenos hábitos al comienzo del día. Experimentamos el impacto de la atención de la gracia de Dios en toda nuestra vida, incluso cuando nos levantamos por la mañana medio dormidos, sin motivación o muy preocupados, y la mirada en el espejo nos dice: “¡No, hoy no es mi día!” Precisamente entonces Dios nos mira con su bondad, para darnos serenidad, gozo, confianza y perseverancia para el día que nos espera.

Paul Gerhardt escribió en 1666 acerca de su experiencia alentadora en tales situaciones:

“Dios se encarga de la tarde y de la mañana; Él obra para bendecir y multiplicar y para evitar la desgracia. Cuando nos acostamos, Él está presente; cuando nos levantamos, Él hace brillar sobre nosotros el resplandor de su misericordia”.

Es un don, que podemos comenzar así nuestros días, encomendándonos hora tras hora a Jesús y a su presencia. “Quien es consciente de la gracia y la fidelidad de Dios, no puede vivir con indiferencia, malhumorado e insoportable” (Helmut Lamparter).

Por lo tanto, la alabanza y el agradecimiento no dejan de tener consecuencias. Nos cambian a nosotros mismos para bien y tienen un efecto positivo en nuestras relaciones personales. Donde se alaba a Dios, recibimos la paz y la alegría que tienen su origen en la relación con Jesús.

Esto se hace evidente en nuestra vida cotidiana. De este modo, podemos animar, consolar y hacer bien a las personas que se encuentran en la angustia y en la desesperación, porque “una mirada radiante alegra el corazón, y las buenas noticias renuevan las fuerzas” (Pr. 15:30; lea Sal. 50:23; 106:1,2).



Día 4

Salmos 92:1-3; 89:1,2

En su canto, el salmista se dirige a Dios como al Altísimo. Quien se refugia en el Altísimo se pone bajo su protección y con Él descansa (comp. Sal. 91:1,2). Desde este punto de vista, obtiene una visión de lo que realmente importa: la gracia de Dios. El que ora habla de experimentar esta gracia ya por la mañana. A esta gracia incomprensible e inmerecida del Señor, David la recuerda repetidamente en los Salmos: “Señor, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes” (Sal. 36:5; comp. Sal. 57:10; 108:4). La gracia de Dios es el ofrecimiento sin igual a toda la humanidad. Nadie queda excluido.

“Era el año 1703. Un séquito de gente muy triste recorría las calles de una gran ciudad. Dos condenados a sentencia de muerte fueron conducidos a la plaza de ejecución. Un pastor de iglesia acompañaba a los dos criminales y los apoyaba en su último camino. Al poco tiempo de haber llegado a la plaza, ya se estaban haciendo los preparativos finales para la ejecución. De repente un jinete se acercó a toda prisa. Era el mensajero del rey quien había firmado la sentencia de muerte. Él exclamó con una voz fuerte por encima de los asombrados oyentes: ‘¡Gracia!’.

Una sola palabra, pero ¡cuántas consecuencias tuvo! Inmediatamente los verdugos abandonaron su cruel oficio. Los dos condenados no sabían lo que les había sucedido. Tenían en vista su muerte segura, y ahora, al contrario, la vida les fue dada de nuevo. ... A mí, ese acontecimiento me impresionaba persistentemente. Se me cayó la venda de los ojos, y vi como nunca antes lo que significa la palabra ‘gracia’” (J. A. Neidhardt). (Lea Sal. 31:7; 86:5,13,15; 103:8,17,18; Is. 54:8,10.)



Día 5

Salmos 92:4,5; 104:24

“Tú, Señor, me llenas de alegría con tus maravillas; por eso alabaré jubiloso las obras de tus manos”. (NVI)

Asombrándonos por las obras de Dios y alabando su poder creativo, obtenemos una visión de nuestro Dios incomparable. Johannes Kepler (1571–1630), un destacado astrónomo que descubrió las leyes del movimiento planetario, se refiere a Dios como el "gran artista del mundo":

“Veo y admiro las obras de tus manos, en el medio el sol, que, según una ley sagrada, refrena la tierra y la dirige en diversos cursos. Veo las funciones de la luna y allí las estrellas en un espacio inconmensurable. Padre del mundo, ¿qué te mueve a elevar, siendo una pequeña y débil criatura de la tierra, de tal manera que aparezca en esplendor un rey que gobierna ampliamente, a imagen de Dios, porque son tus ideas sobre lo que reflexiona? Como astrónomos, nosotros somos siervos del Dios altísimo para el libro de la naturaleza. Por lo tanto, no nos corresponde tener en mente la alabanza de nuestro propio espíritu, sino sólo la gloria del Creador”.

Kepler se mantenía modesto en cuanto a la capacidad del hombre. Más bien, se maravillaba de la insondable grandeza del Creador y unía su voz a la alabanza de la genialidad de Dios.

El salmista nos invita a entonar cantos de alabanza sobre “los pensamientos profundos de Dios”, “las obras de sus manos” y “las maravillas del Señor”. En efecto, cuanto más se sabe sobre la singularidad de la creación, sobre el macrocosmos y el microcosmos, más se maravillará de la grandeza de Dios. (Lea Salmos 19:1-6; 150:1-6.)

“Quien sigue la regla: ‘Cada día un canto de alabanza más y un lamento menos’, aprenderá que la alabanza a Dios no es sólo un deber, sino una fuerza que supera muchas cosas. Alabar a Dios es el mejor remedio contra la tentación” (Helmut Lamparter, con cita de F. Bodelschwingh sen.).



Día 6

Salmos 92:6,7; 14:1-3

El salmista, en los primeros versículos de su salmo, cantaba un himno de alabanza y acción de gracias sobre la grandeza de Dios, sus pensamientos y sus obras. Pero, de repente habla directamente de hechos oprimentes que podrían sofocar su admiración y alabanza sobre la grandeza de Dios. “El hombre necio no cree esto y el insensato no lo entiende” (Sal. 92:6 trad. libre). El salmista describe así una observación del ambiente en el que vive.

Mucha gente en nuestro tiempo se parece a la gente de entonces. Ignoran o niegan la existencia de Dios. Puede que todavía crean en un poder superior que no pueden definir, pero no en el Dios viviente. Muchos proclaman su desinterés por Dios en voz alta. Pisotean y rechazan sus buenos mandamientos que son para una vida próspera y llena de significado.

“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:21).

Surge entonces la pregunta: ¿Cómo podemos llevar hoy el reconocimiento del poder creador de Dios, su atención y su amor perdonador a nuestro mundo que se ha olvidado de Él? ¿Puede nuestra alabanza a nuestro gran Dios contribuir a esto? ¿Puede nuestro testimonio suscitar en nuestra sociedad el anhelo de este Señor inimaginablemente bondadoso? (Lea Lc. 19:2,3a; Hch. 1:8; 4:20; 13:7; 18:5.)

Desgraciadamente, también experimentamos lo que el salmista describe en el v.7: “Los impíos brotan como la hierba, y todos los malhechores florecen”. Para algunos que caminan conscientemente con Dios, es un desafío y una tentación, ver la prosperidad despreocupada de tales personas. Asaf describe en el Salmo 73:1-17, lo que le ayudó en tal situación.



Día 7

Salmos 92:6-9; 47:2

A los necios e insensatos, a los impíos y a los malhechores, el salmista los enfrenta con Dios cuya grandeza y poder son insuperables. Él es y permanecerá en su soberanía como el Altísimo por toda la eternidad. ¡Qué gran Dios!

“Los impíos brotan como la hierba, y todos los malhechores florecen, ¡sólo para ser destruidos para siempre!” (NVI) Aquí surge la pregunta: ¿Cuál es el sentido de nuestra vida? ¿Brotar, florecer, para luego ser extinguidos para siempre? ¿Qué esperamos al final de nuestras vidas? “Vivir duro, morir pronto, ¿es el sentido de una vida?”. Esto publicaron en la escuela de la muerte de un joven.

¿Quiere el salmista advertirnos de una vida perdida cuando habla palabras tan claras? ¿Intenta advertir a sus lectores que no se vuelvan necios con su propia filosofía sobre la vida y la muerte? ¿Es por lo tanto que hace hincapié una vez más en que Dios es el Altísimo (Sal. 92:1,8)? Indica inequívocamente al que pronunciará la última palabra y se enfrentará con fuerza superior a sus enemigos: “Porque he aquí, Señor, tus enemigos perecerán, y todos los malhechores serán dispersados” (v. 10).

Es obvio para el que ora aquí, a diferencia del Salmo 73, que la buena suerte de los impíos es sólo una apariencia. Asaf dice en el Salmo 73:2, “Yo estuve a punto de caer, y poco me faltó para que resbalara” (NVI). Solo en el versículo 17 aprendemos que se le abrieron los ojos cuando entró en el santuario de Dios: “Allí comprendí cuál será el destino de los malvados” (NVI).

¿Fue la preservación antes y en la tentación para el escritor del Salmo 92 el hecho de que se aferró a la alabanza de la grandeza de Dios? ¡Alabar a Dios es como un aporte vitamínico para nuestras vidas! Por lo tanto, hay que seguir el llamado de David: “Alaba, alma mía al Señor; alabe todo mi ser su santo nombre (lea Sal. 103:1-13).



Día 8

Salmo 92:9-11; Habacuc 3:18,19

“Una cosa es cierta: Tus enemigos perecerán; los hombres que obran iniquidad serán esparcidos a los cuatro vientos; pero a mí tú me das fuerza como la del búfalo; me das alegría y nuevo ánimo” (Sal. 92:9,10 trad. libre).

Al igual que en los versículos 6 y 7, el versículo 9 trata de personas que se oponen a Dios y causan maldad. Tendrán un final triste si persisten en su impiedad.

En contraste con ellos, el que ora experimenta cómo el poder de Dios actúa en su vida personal. Testifica en v.10: “Pero tú aumentarás mis fuerzas”. Con esta fuerza que Dios le ha dado, puede hacer frente a los ataques malévolos y oponerse a lo que tan amenazadoramente se cierne sobre él. (Lea Sal. 86:14-17; 94:21,22; 138:3,7,8; Is. 40:29-31.)

El salmista no sólo sigue su camino dotado de nuevas fuerzas, sino que también confirma: “Seré ungido con aceite fresco”. La unción con aceite fresco es aquí una metáfora para la transición de la tristeza a la alegría. “Me has ungido con el mejor perfume” (v.10b NVI).

En su tiempo, Isaías tuvo que dar buenas nuevas a los humillados, dar nuevo ánimo a los desesperados y proclamar a los presos:

“Vosotros sois libres, y vuestras cadenas serán soltadas. Él me ha enviado para proclamar el año en que el Señor tendrá misericordia de su pueblo, para anunciar el día en que nuestro Dios ajustará las cuentas a nuestros enemigos. Él quiere que yo consuele a los que lloran y alegre a todos los que están tristes en la ciudad de Sión. Que ellos se adornen para la fiesta de alegría y se unjan con perfume; no se desesperarán más, sino que cantarán alabanzas” (Is. 61:1-3 trad. libre).

Dios se encargará de todos los poderes contrarios a Él. Este conocimiento también es alentador hoy en día.



Día 9

Salmos 92:7,12-15; 52:7,8

El autor del Salmo 92 confronta a los impíos y su proyecto de vida con los justos por lo que determina: “Los impíos brotan como la hierba, y todos los que hacen iniquidad florecen...” – “El justo florecerá como la palmera, crecerá como cedro en el Líbano”. Aquí está la pregunta pendiente: ¿Cómo configuro mi vida? ¿Creceré y floreceré como la hierba o como el cedro? La diferencia entre los impíos y los justos no puede ser ilustrada más claramente.

Cualquiera que haya sembrado hierba sabe lo rápido que crece. Después de unos 10 días comienza a germinar, después de otros 14 días ya alcanza los 10 cm de altura. Sin embargo, en condiciones desfavorables, tanto bajo el sol abrasador como en el frío, se seca rápidamente.

El proceso de crecimiento de los cedros* del Líbano es muy diferente. Para cuando su semilla haya germinado, la hierba probablemente ya se habrá secado. Una vez que la semilla brota y el cedro comienza a crecer, las primeras piñas tardan unos 50 años en formarse. Las piñas son el fruto de los cedros. Incluyen la semilla para sembrar nuevos cedros. Son árboles grandes, coníferas perennes y muy robustos que pueden alcanzar siglos de edad. Incluso las heladas de 30 grados bajo cero o las sequías prolongadas generalmente no los dañan. Los cedros siguen creciendo sin obstáculos.

Volvamos a la hierba que el salmista usa como ilustración para los impíos: “Cuando brotan los impíos como la hierba, y florecen todos los que hacen iniquidad, es para ser destruidos eternamente”. Así se completa el v.7. No es alegría por el daño de ellos, sino confianza en Dios quién hará justicia a su hora y a su manera.

Consecuentemente, el salmista se enfoca en el destino de los justos en los versículos 13 al 16. Leamos adicionalmente el Salmo 89:15-17 y Proverbios 8:34.35.

*El cedro (cedrela) que conocemos en America Latina es un árbol tropical de hoja caduca. El cedro del Líbano (cedrus), al que se refiere el salmista, es una conífera de la montaña al norte de Israel. Para la comparación con la hierba de corta vida, los dos pueden servir.



Día 10

Salmos 92:12-15; 1:1-6

“Los plantados en la casa del Señor” son los hombres firmemente arraigados en Dios. A ellos se les promete que “en los atrios de nuestro Dios florecerán”. Una analogía similar la encontramos en el profeta Jeremías: “Bendeciré a todo el que pone su esperanza en mí, el Señor, y confía plenamente en mí. Él es como el árbol plantado junto al arroyo, que extiende sus raíces a las aguas: Él no teme el calor, porque sus hojas permanecen verdes; aunque llegue el año de sequía, no se preocupa, sino que da fruto de año en año” (Jer. 17:7,8 trad. libre).

La estatura de la raíz es decisiva para el crecimiento del árbol, para su estabilidad y el rendimiento de sus frutos. “Estas raíces invisibles permiten que el árbol crezca. De ellas surge su jugo que le da vida. La fuerza que el árbol recibe de las raíces se despliega hasta las puntas más extremas de las ramas. El tronco, las ramas, las hojas, los frutos, todo brota y crece del tejido escondido en las profundidades de la tierra.

Todo cristiano que quiera crecer, desarrollarse, actuar y dar fruto necesita de las raíces escondidas, enraizadas en Dios. Es peligroso crecer sin echar raíces en lo profundo. Nuestra relación con Dios en la oración, la escucha atenta de su Palabra y el crecimiento profundo en el amor del Señor Jesucristo son necesarios para una vida fructífera” (Axel Kühner; lea Ef. 3:14-21; Col. 2:6,7; 3:1-4).

Vivir con Dios es la fuente de la cual nuestra vida adquiere calidad. Para Christa von Viebahn, la fundadora de la hermandad de Aidlingen (Alemania), no había nada más importante que esta comunión con Dios. Escribió en su diario: “Quizá me pierda lo que es, aparentemente lo más importante, pero, Señor, concédeme que no pierda mi tiempo silencioso ante ti”.



Día 11

Salmo 92:13-15; Génesis 49:22-24

Uno que puede convertirse en un modelo para nosotros por su estilo de vida es José. Cuando su padre Jacob bendijo a sus hijos poco antes de morir, les dio a cada uno una palabra personal. “José es un retoño fértil, fértil retoño junto al agua, cuyas ramas trepan por el muro” (NVI).

Si nos fijamos en la biografía de José, descubrimos muchas razones que podrían haber frenado este crecimiento. Raquel, su madre, murió al dar a luz a su hermano Benjamín. Cuando era niño, José tuvo que soportar esta gran pérdida. Sus hermanos también lo envidiaban por ser el favorito de su padre.

Completamente desarraigado de su tierra natal, llegó a Egipto como esclavo, sin derecho y dependiente de la buena voluntad de sus superiores. Y, sin embargo, maduraba para convertirse en un hombre para quien la comunión con Dios era más importante que cualquier otra cosa. Seguramente sus padres habían sentado las bases para su relación con Dios, incluso al contar las historias de Abraham, su abuelo. Se puede suponer que José conocía la promesa de Dios: “Yo te bendeciré... y tú serás una bendición”. ¿Le hablaron también del arduo viaje de Abraham e Isaac al Monte Moria y de la intervención de Dios en el último segundo? (Gn. 12:2; 22:1-18)

¿Las historias de la vida de sus antepasados le habrían llevado a José a decidir: con este Dios también quiero vivir, en él puedo confiar? De cualquier manera, la fuente de su poder se hizo visible para los demás. Potifar “vio que el Señor estaba con él y que todo lo que él hacía, el Señor lo hacía prosperar en su mano”. Incluso el oficial de la prisión notó que con José había algo diferente. José sabía que sólo la cercanía de Dios podía sostenerlo en esta difícil situación. También nosotros podemos experimentar hoy la ayuda de Dios y la unión con Él. (Lea Génesis 39:2,3,23.)



Día 12

Salmos 92:13-15; 55:22

”Como árbol plantado en el atrio del templo, él crece cerca del Señor nuestro Dios” (Sal. 92:13 trad. libre). – Su sí a los caminos de Dios le abrió a José la puerta a una vida fructífera y bendita. Debido a que Dios mismo tomó el primer lugar en su vida, la amargura y el resentimiento no tuvieron espacio en su corazón. Por el contrario, si las hubiese recordado, se habrían arraigado más profundamente en él.

A través de la unión con Dios, José pudo poner sus sentimientos y pensamientos bajo la dirección de Dios. Esto le ayudó a no vivir según el lema: “Como tú a mí, yo a ti”. Él pudo decir a sus hermanos: “Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien” (Gn. 50:20 (NVI); lea Sal. 16:8; 37:7-9).

Para José le valía, lo que Philipp Spitta (1801-1859) sostenía como su lema de vida: “Estoy en la mano de mi Señor y quiero permanecer en ella; ni la aflicción ni la tentación me expulsarán de ella. Y cuando todo el mundo se desmorone, quien se aferre a Él y a quien Él sostiene, permanecerá salvo”.

Vivir bajo la dirección de Dios es una vida llena de significado. Quien saca fuerza de la Palabra de Dios para su vida cotidiana, crecerá, florecerá y dará fruto, y caminará con valentía incluso en los períodos difíciles.

El que “se deleita en la ley del Señor, meditando en ella día y noche”, es bendecido y digno de ser imitado (lea Sal. 1:2; 119:147,148; Jos. 1:8; Jer. 15:16). El salmista describe los efectos de la siguiente manera: “Aun en su vejez, darán fruto; siempre estarán vigorosos y lozanos” (v.14 NVI). Incluso a una edad muy avanzada, podemos tener una enorme influencia por nuestra existencia para la causa de Dios: “Solo los que oran pueden detener la espada sobre nuestras cabezas y, por medio de una vida santa, arrebatar este mundo a las autoridades judiciales” (Reinhold Schneider).



Día 13

Salmos 92:14,15; 37:18

“Todavía en la vejez dará fruto, siempre es vigoroso y fresco. Su vida es una prueba de que el Señor provee justicia. Con Dios estoy seguro y protegido; ¡lo que Él hace es perfecto y justo!” (trad. libre)

Las personas mayores, fundadas en Dios, en su amor y en su perdón, pueden dar un impulso esencial a la generación más joven gracias a su rica experiencia. Alguien dijo: “Al principio de nuestra vida tomamos – en la mitad clasificamos, planificamos y terminamos – y en la vejez damos”.

Conocemos un matrimonio de ancianos los cuales, sentían las tempestades de la vida: estaban de pie junto a la tumba de su hijo, el esposo, por una herida grave en la guerra estaba a punto de morir. Más tarde siguieron graves desventuras, pero se aferraba a Jesús con perseverancia y confianza. Podríamos compararlo con un cedro curvado por la tormenta, cuyas ramas se han roto, pero cuyas raíces se han hundido profundamente en la tierra y, por lo tanto, todavía lleva piñas.

Ese matrimonio se convirtió en una base de oración e intercesión para la comunidad y, además, para una gran obra misionera. Los cónyuges consideraron que su misión era estudiar atentamente las noticias de los diversos campos de misión y apoyar a los misioneros con su intensa intercesión. Así también nosotros podemos ser una bendición para los demás.

Si ponemos nuestra confianza en Jesús y enterramos nuestras “raíces de vida” en el suelo de su Palabra, las tempestades de la vida pueden sacudirnos, pero no desarraigarnos. Entonces también ayudaremos y apoyaremos a otros que actualmente están deprimidos y tristes. Animados por Dios, animamos a los desanimados. Nosotros mismos, consolados por Dios, consolamos a los desconsolados. Es bueno confiar en Dios de todo corazón, porque “Él es mi roca, y en Él no hay injusticia” (v.15b NVI). (Lea Dt. 32:4; 2.S. 22:31; Sal. 31:19.)


